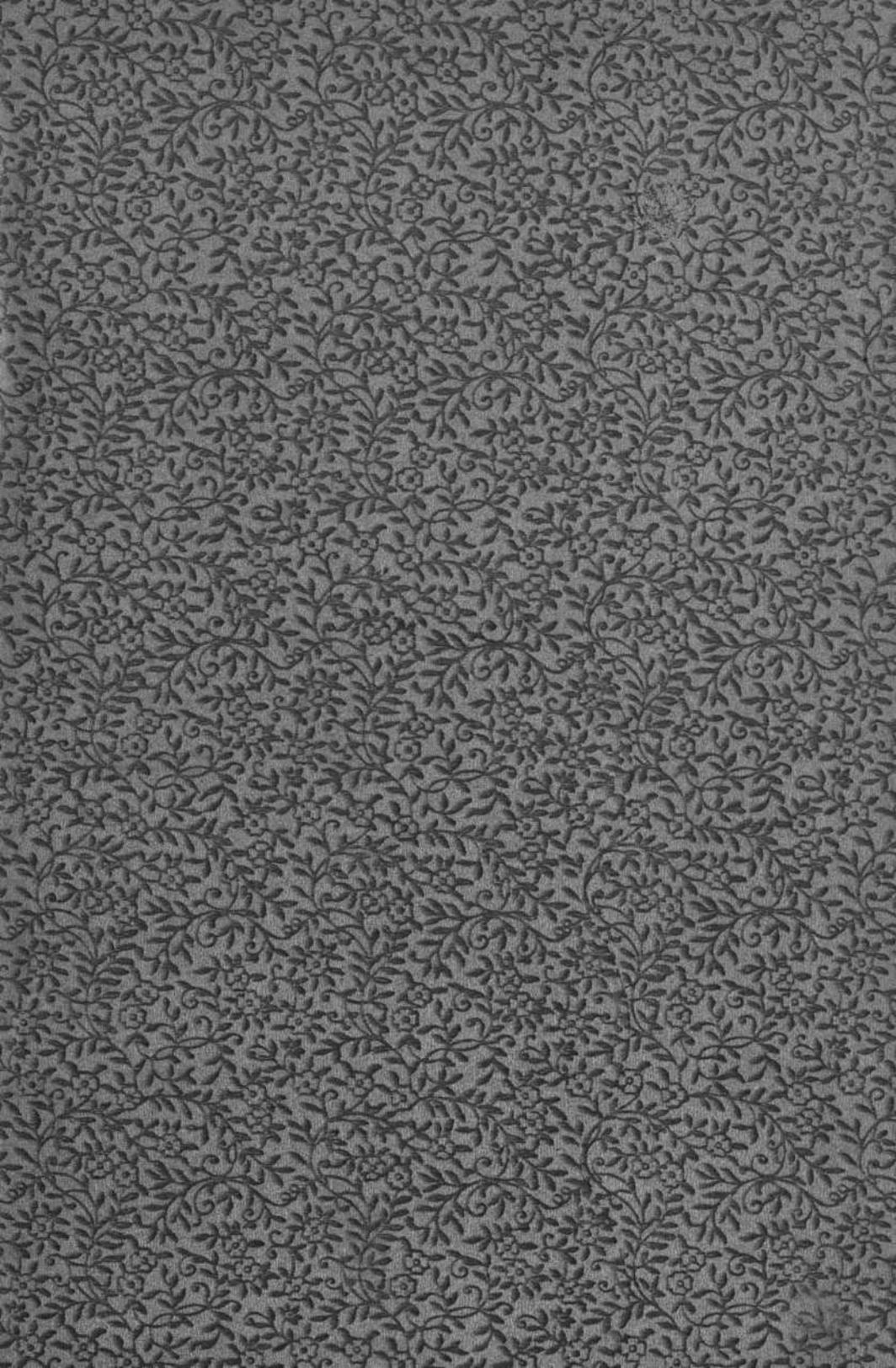
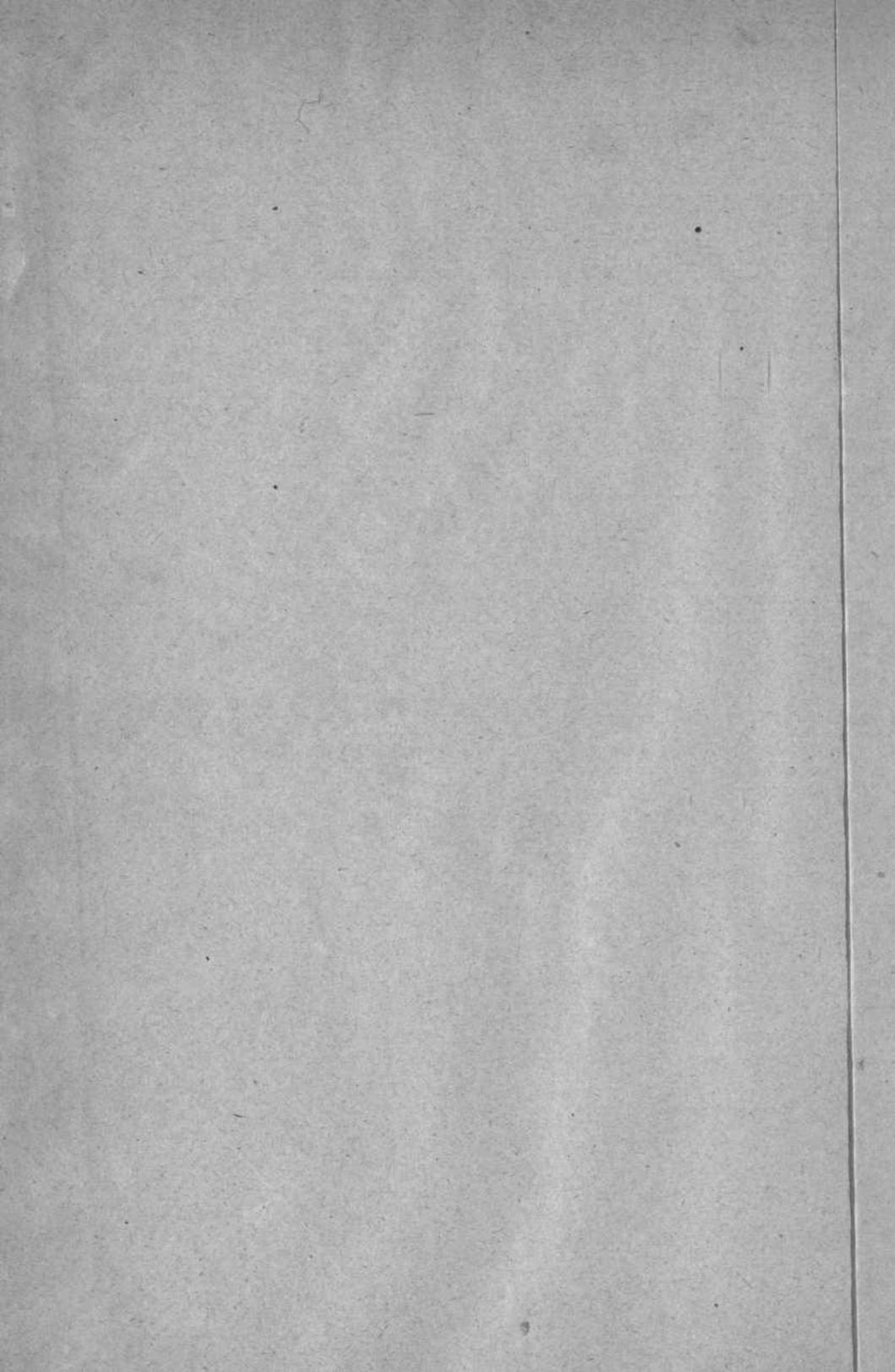


8.







Amores

Santa Teresa de Jesús

Discursos

Escritos en el Monasterio de Santa Clara de Ávila, a los 15 de Mayo de 1585

En la imprenta de la Universidad de Salamanca, en el año de 1785, por el Sr. Don Juan de Dios de la Cruz, impresor de la Real Academia de Ciencias y Letras de esta ciudad.

A Manuel Febo y Peyrolón

Madrid

En la imprenta de la Universidad de Salamanca

8-5-844

Místicos Amores

de

Santa Teresa de Jesús

Discurso

leído en la solemne junta celebrada el día 22 de Octubre de 1882
por la Juventud Católica de Valencia, en conmemoración del tercer centenario del
tránsito glorioso de Santa Teresa de Jesús,

por

D. Manuel Polo y Peyrolón



Valencia

Imp. de Manuel Alufre,

Quetzaco, 17

Es propiedad del Autor.



MÍSTICOS AMORES

DE

SANTA TERESA DE JESÚS

Dilectus meus mihi, et ego illi, qui
pascitur inter lilia.

Cantar de los Cantares, cap. II, v. 16.



Muy ilustre señor Delegado del Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Valencia¹, Monseñor², egregios señores, jóvenes académicos, señoras mías: Mirad alrededor, y decidme si el espectáculo que cautiva nuestros ojos, si tan florida juventud y hermosura tanta, congregadas en estos salones para honrar á la Reformadora del Carmelo, no imponen el asunto de su discurso al que tiene el honor inmerecido de dirigiros la palabra.

Nunca, en efecto, ocasión más oportuna, ni fiêsta más adecuada para hablar de amores. No de esos amores, que á deshora turban el alma inocente de la niña, aromática azucena, que extiende los pétalos de su cáliz, en busca de los esplendores de la aurora y de las lágrimas de la mañana. Verdaderamente hay candidez en el anhelo de sus suspiros, pureza en sus aspiraciones vagarosas, idealidad en sus ensueños amorosos; pero todo ello es polvo miserable comparado con los sutiles amores, que á exponer y comentar vengo.

Tampoco aludo á la enamorada pareja aragonesa, Diego Marcilla é Isabel de Segura, cuyos nombres inmortalizó la historia para ejemplo vivo de amores intensos y elevados. Deteneos, sin embargo, un instante en la parroquial iglesia de San Pedro, cuyas campanas doblan á muerto. Isabel, tapada con luengo manto, se aproxima al féretro, que el centro de

¹ D. Luís Badal, canónigo de esta santa Iglesia metropolitana, que presidió en virtud de delegación expresa del Prelado de la Diócesis.

² El Ilmo. Sr. D. Ignacio Paoli, Obispo de Nicópolis y Buckarest.

la nave ocupa; y al reconocer á Diego en el cadáver allí presente, de pronto se queda rígida, se desploma después sobre el ataúd, muere de amor y pena, y los enamorados reciben sepultura juntos. Nada que ruborice á los Amantes de Teruel refiere la leyenda. Su amor es puro y tan hondo, que vivifica y mata. Libreme, no obstante, el cielo de comparar estos amores con la divina materia de mi discurso.

Nueve años tenía Dante Alighieri, cuando en cierta apacible tarde del florido Mayo, se presenta ante sus ojos atónitos una niña de ocho «de hermosura tanta, que sólo su Hacedor puede comprenderla¹» y «cuyos ojos llueven llamitas de fuego, animadas de un espíritu tan gentil, que crea todo buen pensamiento.» Aquella niña era Beatriz, la hija del opulento florentino Fulco Portinari, «espejo de mujeres en vida, edificación de todos en muerte,» como poéticamente la llama cierta española ilustre². Casada con un miembro de la familia Bardi, y segada en flor por la espantosa Parca, cuando apenas contaba cinco lustros; el Príncipe de los épicos cristianos la erige un altar en su corazón, encarna en ella la sagrada Teología, y Beatriz inspira la *Divina Comedia*, guía al Poeta florentino en sus viajes asombrosos por el Infierno, Purgatorio y Paraíso, le alecciona y le salva. Amores más espirituales que los de Beatriz y Dante, nunca conocieron los humanos; pero no..... tampoco á éstos se parecen los que cantar intento.

¿Diré algo de vuestro compatriota el psicológico poeta Ausias March, que en expresión del eximio Menéndez y Pelayo «arropó el amor con todo género de cándidos cendales, hasta el punto de no describir nunca, ni por semejas, la peregrina hermosura de su dama, sino que le hizo sentarse en los bancos de la escuela de Santo Tomás y de Escoto, y aprender de coro muchas cuestiones de la *Summa*, como el mejor discípulo de la Sorbona³» Tampoco, que no suena bien en labios católicos la profana mezcla de amores humanos y divinos.

Refugiémonos en el claustro, y recordad conmigo aquel sacrificio amoroso sin ejemplo, llevado á cabo á fines del siglo XIII por las religiosas Clarisas de Tolemaida, hoy San Juan de Acre. A pesar de la defensa heroica que de la ciudad hicieron los caballeros Sanjuanistas y Templarios, los musulmanes sitiadores tomaronla por asalto, la entraron á saco y sembraron por calles y plazas el espanto y la muerte. Sabedora la Abadesa de Santa Clara de los brutales atropellos cometidos con mujeres indefensas por el bárbaro conquistador, reúne la comunidad y dice á sus hermanas: «Despojémonos del atractivo de nuestra belleza para presentarnos sin mancha á nuestro Esposo inmaculado.» Dicho esto, hirieron

¹ *Divina Comedia*.

² Doña Emilia Pardo de Bazán, en su libro *Las Epopeyas Cristianas*.

³ Discurso leído ante la Real Academia Española en la pública recepción del Dr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

sin piedad sus agraciadas facciones y los mahometanos horrorizáronse tanto al verlas, que las degollaron á todas, sin ultrajar la pureza de ninguna¹.

Amores que, por no mancharse, aceptan con gozo la mutilación y hasta el martirio, dignos son de verdaderas esposas de Jesucristo: y ved cómo, por gradación natural y sencilla, nos encontramos de lleno en el delicado asunto de mi oración, pues todos sabéis que me propongo hablaros de los *místicos amores de Santa Teresa de Jesús*, cifrando mi pensamiento en aquellas palabras del *Cantar de los Cantares* y de la Santa misma: «Mi Amado para mí y yo para mi Amado—Teresa de Jesús y Jesús de Teresa.»

Una cosa me contrista: lenguas de ángeles son las únicas que podrían hablar dignamente de materias tan escondidas como altas, y dardos de amor divino fueran necesarios para inflamar al auditorio en el fuego místico. Y no obstante (¡terror erasísimo!) ocupada veis esta noble tribuna por un mundano, frío como el hielo, torpe en el decir y sin otras armas que una mal cortada pluma de duro acero. Crecen las dificultades con lo delgado y espinoso del asunto, que, aunque divino, forzosamente he de tratar con frase carnal y humana. A fin de superarlas, hablaré lo menos posible por cuenta propia, ateniéndome siempre á la doctrina y con frecuencia á las palabras de los maestros en Teología Mística y singularmente de la Seráfica Doctora, «porque (como dice Fr. Luis de León) en la alteza de las cosas que trata, y en la delicadeza y claridad con que las trata, excede á muchos ingenios: y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada, que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale.» No os ha de pesar, por consiguiente, que recargue mi trabajo de tan preciosas citas.

El Señor de la sabiduría y de la prudencia ponga discreción en mis labios, Santa Teresa de Jesús me inspire, y vuestras rectas interpretaciones y atención benévola no me falten.

Antes de exponer, encomiándolos como fueron y se merecen, los amores del Serafín de Ávila, conviene declarar qué cosa sea el amor místico. Nadie ha definido y explicado tan profundamente este amor como el fogoso mallorquín Ramón Lull, en su *Cántico del Amigo y del Amado*, que forma parte de su novela *Blanquerna*; Juan de Yepes, más tarde San Juan de la Cruz, en sus *Canciones Espirituales*, *Subida del Monte Carmelo* y *Noche Oscura del Alma*; y Santa Teresa de Jesús, en varios de sus libros.

¹ San Antonio de Plasencia, *Itinerarium*, tit. XIV, cap. IX, pár. II. Quaresmio, *Elucidatio Terræ Sanctæ*, tit. I, págs. 899 á 904.

Este amor «claro, limpio y sutil, sencillo y fuerte, hermoso y espléndido, rico en nuevos pensamientos y antiguos recuerdos,» es para el Beato Lulio «hervor de osadía y de temor, medio entre creencia é inteligencia, entre fé y ciencia,» anhelo de unión con Dios, por cuya virtud, como filosóficamente dice un Académico insigne «en su grado extático y sublime, el Amigo y el Amado se hacen *una* actualidad en *esencia*, quedando á la vez *distintos y concordantes*¹.»

Para San Juan de la Cruz, tal *unión* no es resultado de «la presencia sustancial de Dios que siempre hay en todas las criaturas,» sino de que «las dos voluntades, conviene á saber, la del alma y la de Dios, están en uno conformes, no habiendo en la una cosa que repugne á la otra. Y así cuando el alma quitare de sí totalmente lo que repugna y no conforma con la voluntad divina, quedará transformada en Dios por amor.» Lógrase dicha transformación subiendo los diez peldaños de la escala mística y pasando por los diez grados del amor divino, que (según menudamente expone el Doctor Extático en su luminoso comentario á la *Noche oscura del alma*, con doctrina de San Bernardo y Santo Tomás) consisten: el primero, en cierta *mística calentura* que aqueja provechosamente al alma enamorada, la cual en ninguna cosa encuentra arrimo, gusto, consuelo, ni asiento; el segundo, que podemos considerar como las *ansias del amor*, en buscar incesantemente al Amado, por todas partes y en todas las cosas, sin reparar en ninguna, ni sosegar un punto hasta encontrarle; el tercero, en querer *probar* con obras el amor que abrasa al alma, la cual desfallece de pena por lo poco que se hace en obsequio del Amado; el cuarto, en *padecer* por el Amado, complaciéndose en ello, al contrario de lo que hacen los egoístas, que hasta cuando aman buscan su propio regalo y gusto; y el quinto, en apetecer y *codiciar* á Dios con tales ansias y desfallecimientos, que el alma amante se une al Amado ó muere. En el sexto grado el alma, dilatada por la caridad y casi purificada del todo, corre á Dios como el ciervo, aguijoneado por la sed, corre á las aguas; el séptimo engendra en el alma tan vehemente atrevimiento, que «no se deja llevar del juicio para esperar, ni usa del consejo para se retirar, ni con vergüenza se puede enfrenar;» el octavo proporciona al alma satisfacción, aunque no continua, de su deseo; el noveno, que es el de los perfectos, produce en el alma ardor suave, á causa de la unión que con Dios tiene; y en el décimo y último, el alma se asimila totalmente á Dios, por razón de la visión beatífica, inasequible al hombre en este mundo. De donde concluye el Príncipe de nuestros escritores místicos, que el amor divino «es semejante al fuego, que siempre sube hacia arriba con apetito de engolfarse en el centro de su esfera.»

Quizás Santa Teresa de Jesús, favorecida en todo por el Altísimo, no recorrió uno tras otro y paso á paso los diez grados referidos de la amorosa

¹ Discurso citado.

escala, antes bien subió de un solo vuelo á la cumbre del monte místico, y tal vez la Extática Abulense tenga que doblar la cabeza ante su amigo del alma el Cantor sublime de la *Subida del monte Carmelo*; pero, como dice el maestro Fr. Luís de León, «el ardor grande que en aquel pecho santo vivía, salió como pegado en sus palabras, de manera que levantan llama por donde quiera que pasan.» Por eso su definición del amor divino, aunque metafórica, me parece superior y clara. «El amor, dice, es una saeta que envía la voluntad, que si va con toda la fuerza que ella tiene, libre de todas las cosas de la tierra, empleada en solo Dios, muy de verdad debe de herir á su Majestad; de suerte que metida en el mesmo Dios, que es amor, torna de allí con grandísimas ganancias¹.»

Aunque «este lenguaje de espíritu es tan malo de declarar á los que no saben de letras, como yo,» (dice la Doctora Mística, en su *Vida*), es lo cierto que Santa Teresa de Jesús comparó admirablemente los grados del divino amor, ó los estados que ha de recorrer el alma consagrada á la oración, con las diferentes maneras que pueden utilizarse para regar un huerto, hecho en tierra muy infructuosa, después de haber arrancado las malas yerbas y á fin de poblarle de buenas, y de flores para que el Señor se deleite. «Páreceme á mí (dice la Santa Madre) que se puede regar de cuatro maneras; ú con sacar el agua de un pozo, que es á nuestro gran trabajo; ú con noria y arcaduces, que se saca con un torno (yo la he sacado algunas veces) es á menos trabajo que estotro, y sácase más agua; ú de un río ú arroyo, esto se riega muy mejor, que queda más harta la tierra de agua, y no se ha menester regar tan á menudo, y es á menos trabajo mucho del hortelano: ú con llover mucho, que lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro, y es muy sin comparación mejor, que todo lo que queda dicho.» El primer grado es muy trabajoso para los siervos del amor, porque han de cansarse en recoger los sentidos, acostumbrados á andar derramados; pero no hay que acobardarse por las sequedades y penas, pues «no está el amor de Dios en tener lágrimas, ni estos gustos y ternura, que por la mayor parte los deseamos y consolámonos con ellos, sino en servir con justicia y fortaleza de ánimo y humildad.» Deleitábase Santa Teresa en suponer á su alma como un vergel, por el cual se paseaba el Señor, y pedía con encarecimiento al divino Hortelano, que aumentase el olor de las florecitas de virtudes, que comenzaban, á lo que parecía, á querer salir. Por eso entiende que en el segundo grado de oración, los árboles del huerto empiezan á hincharse para florecer y dar fruto, é igualmente las flores y claveles para dar olor. En esta oración que llaman de quietud, toca ya el alma cosa sobrenatural y recógen-se las potencias dentro de sí para gozar de aquel grandísimo contento y muy suave deleite. «Es pues esta oración una centellica, que comienza el Señor á encender en el alma del verdadero amor suyo, y quiere que el alma vaya entendiendo, qué cosa es este amor con regalo.» El tercer grado de ora-

¹ *Conceptos del amor de Dios*, cap. VI.

ción ó la tercera agua es menos trabajosa que la segunda, porque el Señor es quien lo hace casi todo. «Es un sueño de las potencias, que ni del todo se pierden, ni entienden como obran... un morir casi del todo á todas las cosas del mundo, y estar gozando de Dios... un glorioso desatino, una celestial locura, adonde se deprende la verdadera sabiduría, y es deleitosisima manera de gozar el alma.» «¡Oh, válame Dios, cuál está un alma cuando está así! Toda ella querría fuese lenguas para alabar al Señor. Dice mil desatinos santos, atinando siempre á contentar á quien la tiene así. Yo sé persona¹, que con no ser poeta, le acaecía hacer de presto coplas muy sentidas declarando su pena bien...» No es fácil declarar lo que el alma siente si llega al cuarto grado de oración, ó sea á la unión divina; y el agua cae abundantemente del cielo cuando más descuidado está el hortelano; pero así lo explica la Maestra Santa: «Estaba yo pensando cuando quise escribir esto (acabando de comulgar, y de estar en esta misma oración que escribo) qué hacía el alma en aquel tiempo. Díjome el Señor estas palabras: Deshácese toda, hija, para ponerse más en mí; ya no es ella la que vive, sino yo; como no puede comprender lo que entiende, es no entender entendiendo.» Y no se confunda este grado altísimo de oración con el arrobamiento, cosa que Santa Teresa tiene buen cuidado de advertir y de explicar por medio de la siguiente comparación delicada. Cuando se está en esta agua postrera «... coge el Señor el alma digamos ahora, á manera que las nubes cogen los vapores de la tierra, y levántala toda de ella; y sube la nube al cielo, y llévala consigo, comiéndola á mostrar cosas del reino que le tiene aparejado... En estos arrobamientos parece no anima el alma en el cuerpo y así se siente muy sentido, faltar de él el calor natural: vase enfriando, aunque con grandísima suavidad y deleite².» Hasta aquí lo que podemos llamar doctrina de la Doctora Seráfica acerca de la naturaleza y grados del divino amor. Veamos ahora de qué manera practicó teoría tan admirable.

Tendría unos siete años cuando, con un hermanito suyo, concertó ir á tierra de moros en busca del martirio y juntos emprendieron la marcha, que cortó un tío de los fervorosos infantes, obligándoles á tornar á la casa paterna. «Como vía los martirios, que por Dios los santos pasaban (dice en su autobiografía la Santa) parecíame compraban muy barato el ir á gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así, no por amor que yo entendiese tenerle sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo.» Aquel fué el primer chispazo, escapado del horno de amor divino, oculto en su pecho bajo la inocencia é ignorancia de la niñez.

Con tan poca aprensión y exactitud han hablado muchos escritores franceses y algunos españoles (entre los cuales hay quien ha tenido el mal

¹ Esta persona era la misma Santa Teresa.

² Todos estos textos están tomados literalmente de la *Vida* de Santa Teresa escrita por ella misma.

gusto de comparar á Santa Teresa con Safo) de los amores humanos de la celeberrima Doncella de Avila, que no debo pasar adelante sin deciros á qué se redujo todo ello. Contaba Teresa catorce años y la lectura de libros de caballería, el trato con unos primos suyos y especialmente con una prima, aficionáronla sólo durante tres meses, á *traer galas*, á *desear contentar en parecer bien* y á *pasatiempos de buena conversación* (son sus mismas palabras). ¿Cómo, pues, preguntará alguno, con el tiempo se lamentó tanto la Santa de sus disipaciones juveniles, y se entregó con ardor á penitencias insoportables? Porque, como dice San Francisco de Sales, «los santos en su anhelo de perfección miran como pecados gravísimos aquellos defectos en que apenas pára la consideración el común de las gentes.» La maledicencia volteriana de nuestro siglo habla de los galanteos de Santa Teresa con el mismo desparpajo que si se tratase de una Magdalena. ¡Calumnia insigne! El P. Nieremberg de la Compañía de Jesús, biógrafo de nuestra heroína, apoyándose en cuantas noticias hubo á mano y singularmente en las aseveraciones de muchas religiosas, que tuvieron la dicha de conocer y tratar á su Santa Madre, dice, que donde particularmente se manifestaba la castidad y pureza de la Reformadora del Carmen, era en su semblante, y añade: «Este dibujo de castidad que traía estampado en su rostro, era un retrato, ó por mejor decir, una sombra de su castidad y pureza interior, que era tan grande, que ni en la carne, ni en el espíritu, ni aún en la misma imaginación, ni en vigiliass, ni en sueño, ni en ningún tiempo, ni en ocasión alguna, jamás se oía ni veía en ella rastro de este enemigo común y casero.» No era posible otra cosa tratándose de un lirio, que, aunque entre espinas nacido, estaba destinado á bodas divinales.

Don Alfonso Sánchez de Cepeda, su padre, la llevó como educanda al convento de Agustinas de Santa María de Gracia, en Avila; y en aquella santa casa dió de mano á los pensamientos frívolos y galanteos inocentes, hasta el punto de que, en 2 de Noviembre de 1533, no habiendo podido recabar el permiso paterno para meterse monja, se refugió muy de mañana en el convento de la Encarnación y muy de su grado profesó allí, un año más tarde. En el mundo no hubiera encontrado digno esposo suyo aquella alma ferviente y grande. «En tomando el hábito (refiere en su *Vida* la Santa) luego me dió el Señor á entender, cómo favorece á los que se hacen fuerza para servirle, la cual nadie no entendía de mí, sino grandísima voluntad. A la hora me dió un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca me faltó hasta hoy; y mudó Dios la sequedad, que tenía mi alma, en grandísima ternura; y es verdad, que andaba algunas veces harriendo en horas, que yo solía ocupar en mi regalo y gala; y acordándoseme que estaba libre de aquello, me daba un nuevo gozo, que yo me espantaba, y no podía entender por dónde venía.»

El recuerdo de tales mercedes dictó sin duda á la Poetisa santa la siguiente bellísima octava:

«Dichoso el corazón enamorado
 Que solo en Dios ha puesto el pensamiento,
 Por Él renuncia á todo lo criado
 Y en Él halla su gloria y su contento.
 Aun de sí mismo vive descuidado
 Porque en su Dios está todo su intento;
 Y así alegre atraviesa y muy gozoso
 Las ondas de este mar tempestuoso.»

Durante los 67 años, 6 meses y 7 días de su vida mortal, Santa Teresa de Jesús luchó varonilmente con sus enfermedades y dolencias, que fueron hartas y graves, sin que el dolor físico abatiese jamás su espíritu. Algo más la dieron que hacer las vacilaciones y sequedades de su alma, que, por espacio de veinte años, atormentáronla incesantemente, ora apartándola de la oración por motivos de humildad mal entendida, ora inclinándola al trato con seglares, ya viéndose precisada á poner en práctica los consejos de confesores poco letrados, ya horrorizándose de sí misma, quebrantando su voluntad y haciendo grandes penitencias; hasta que en 1556 aquel espíritu atribulado empezó á sentir grandes favores celestiales y emprendió la subida del monte místico con paso firme, mirada anhelante y sin nunca volver atrás los encendidos ojos.

Muchos (quizás la mayor parte) no buscan á Dios porque no le conocen, ni le aman: tales son los réprobos. Búscanle otros, pero no le encuentran, porque su amor es defectuoso: tal acontece con los hipócritas y egoistas. Algunos le buscan y le encuentran, pero con amor tan débil, que le dejan y abandonan por cualquier nonada: éstos merecen el nombre de inconstantes y cobardes. Muy pocos, por último, le buscan, lo encuentran y conservan hasta la muerte con amor heroico. A este número pertenece la Avileña Insigne, en cuyos labios sientan perfectamente aquellos versos de San Juan de la Cruz:

«Buscando mis amores,
 Iré por esos montes y riberas,
 Ni cogeré las flores,
 Ni temeré las fieras,
 Y pasaré los fuertes y fronteras.»
 «Oh bosques y espesuras,
 Plantadas por mano del Amado,
 Oh prado de verduras,
 De flores esmaltado,
 Decid si por vosotros ha pasado.»

Pasaron, en efecto, los días de frialdad y de indiferencia y como el alma penitente se sostiene y alimenta de sus propios gemidos y encuentra

placer singularísimo en padecer por el Amado, Santa Teresa de Jesús, favorecida desde el principio con el dón de lágrimas, dejaba correr abundantemente las suyas y mortificábase, sin piedad á su enfermizo estado, con abstinencias, ayunos, disciplinas, cilicios, rezos, oraciones y meditaciones incesantes. «Estaba tan encarnizada contra sí misma (dice el Padre Nieremberg) que una vez juntó muchas zarzas, y desnudando su cuerpo comenzó á entrar y revolcarse entre ellas como si fuera en una cama de rosas.» El amor á la pobreza y austeridad, que la hizo emprender con entusiasmo y llevar á término feliz la reforma de las Carmelitas fué tan extremado, que aunque fundadora, anciana y achacosa, jamás mitigó la regla en provecho propio; dormía sobre jergón de paja, sin otro regalo de colchones y lienzos; velaba y oraba durante la mayor parte de la noche; comía legumbres y mal condimentados pescados y lacticinios, sin permitirse jamás el uso de carne mas que en caso de grave enfermedad y por santa obediencia; vestía burda túnica de lana y su incesante anhelo se reducía, en fin, á padecer por Jesucristo.

Endulzaba el Señor con grandes favores y regalos tanto rigor y penitencia; pero tan profunda era la humildad de la Virgen Abulense, que exclama en su *Vida*: «Cuando pensaba que estas mercedes que el Señor me hace se habían de venir á saber en público, era tan excesivo el tormento, que me inquietaba mucho el alma. Vino á términos que, considerándolo de mejor gana, me parece me determinara á que me enterraran viva; y así cuando me comenzaron estos grandes recogimientos ó arroamientos á no poder más resistirlos en público, quedaba ya después tan corrida que no quisiera parecer en donde nadie me viera.» Y es que la verdadera humildad ejecuta *grandes* cosas y le parecen *pequeñas*, de la misma manera que el verdadero amor es humilde, porque es incapaz de amar á Dios el alma llena de sí misma y falsamente enamorada de sus propias excelencias.

Oraba frecuentemente imaginándose á Jesús y «acaeciame (dice la Santa) en esta representación que hacía, de ponerme cabe á Cristo... vernirme á deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí, ú yo toda engolfada en Él» porque «es ecelente manera de aprovechar (escribe en otra ocasión) representarse delante de Cristo, y acostumbrarse á enamorarse mucho de su sagrada humanidad, y traerle siempre consigo, y hablar con él, pedirle para sus necesidades, y quejarse de sus trabajos, alegrarse con él en sus contentos y no olvidarle por ellos, sin procurar oraciones compuestas, sino palabras conforme á sus deseos y necesidades.»

Los divinos coloquios que el alma enamorada de Teresa de Jesús entablaría entonces con su Dios y Señor, más son para imaginados que para referidos. Jesucristo quiso corresponder á tan encendidos amores y apareciéndose lleno de resplandor y de hermosura á la Doctora Mística, que iba á comulgar,

«Desposorios celebraron,
Del Carmelo en un verjel,
El Sol y de Alba la Estrella,
Y estos nombres adoptaron:
Teresa de Jesús, ella;
Jesús de Teresa, Él!»

«Representóseme el Señor (dice la Esposa feliz) por visión imaginaria, muy en lo interior, y dióme su mano derecha y díjome:—Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy: hasta ahora no lo habías merecido. De aquí adelante, no solo como Criador, como Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía; mi honra es ya tuya, y la tuya mía.—Hizome tanta operación esta merced, que no podía caber en mí, y quedé como desatinada, y dije al Señor que, ó ensanchase mi baja, ó no me hiciese tanta merced; porque cierto no me parecía la podía sufrir el natural. Estuve así todo el día muy embebida: he sentido después gran provecho y mayor confusión y afligimiento de ver que no sirvo en nada á tan grandes mercedes.»

Desde entonces ya no hubo para Santa Teresa temores, miramientos, ni reservas. Entregó su alma toda entera á Jesús, su amado, con el cual se entretenía y regalaba repitiendo dulcemente: «Hija, ya eres toda mía: yo soy tuyo» ó también: «Teresa de Jesús y Jesús de Teresa.» En esta disposición de ánimo debió de escribir la siguiente cuarteta:

«Ya toda me entregué y dí,
Y de tal suerte he trocado,
Que mi Amado es para mí
Y yo soy para mi Amado »

Lo admirable es que, como se ha dicho repetidas veces, en Santa Teresa de Jesús vivieron siempre juntas, compenetrándose y completándose, María y Marta. A pesar de la oposición aparente que entre una y otra existe, la vida activa y fecunda como pocas de la Fundadora de las Descalzas, jamás fué obstáculo para que el Serafin de Avila se entregase con ardor, día y noche, á la vida contemplativa más encumbrada. Con entereza y talento varoniles; venciendo obstáculos al parecer insuperables; luchando valientemente con oposiciones sintemáticas, contrariedades inesperadas, murmuraciones, injurias, denuncias y hasta calumnias; viajando con frecuencia; manteniendo correspondencia continua con multitud de personas, parientes suyos, monjas, frailes, Obispos y príncipes; agenciándose por sí misma protección y recursos, fundó en vida 17 conventos de Carmelitas Descalzas y ayudó á San Juan de la Cruz en la fundación de casas para religiosos de

¹ D. León Carbonero y Sol.

la misma Orden. Añádase á esto que escribió el libro de su *Vida* (1562) y los titulados: *Constituciones primitivas* (1564), *Camino de perfección* (1565), *Conceptos del amor divino* (1566), *Exclamaciones del alma á Dios* (1569), *Relaciones espirituales* (1571), *Fundaciones* (1573), *Las Moradas* (1577), *Avisos* (1580), *Modo de visitar los conventos* (1581), algunos escritos sueltos en prosa, poesías y gran número de cartas, de las cuales se conservan bastantes. ¡Prodigiosa fecundidad! Y sin embargo, el prodigio crece de punto cuando se considera, que, en medio de tantos afanes y quehaceres, quedaba todavía tiempo á la Santa Monja para el gobierno interior de sus conventos, el canto ó rezo de las horas canónicas, la penitencia y la oración incesantes.

En ésta tenia sus delicias, y orando olvidaba los trabajos y disgustos inherentes á su condición de reformadora y fundadora, abismándose en la contemplación de su Señor y Dios, y regalándose con su divino Esposo, que se complacía en derramar á manos llenas sobre la anciana Virgen favores incomprensibles é inenarrables.

El sobrenatural prodigio de la estigmatización de las llagas, con que Jesucristo, Nuestro Señor, obsequió por primera vez al Serafín de Asís¹, se ha repetido posteriormente en algún caso; pero el milagro de la transverberación del corazón de Santa Teresa, hasta el día es único en la historia de los santos. Oid cómo lo refiere la misma Doctora Extática: «Via un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal; lo que no suelo ver sino por maravilla. Aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos.... En esta visión quiso el Señor le viese así: no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido, que parecía de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan.... Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Éste me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba á las entrañas: al sacarle me parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aún hartó. Es un requiebro tan suave, que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo á su bondad lo dé á gustar á quien pensare que miento.» Tuvo lugar este milagro, según la opinión más probable, en 1559. Ríanse cuanto gusten los incrédulos del

¹ «La santa Iglesia romana ha comprobado el milagro estupendo de las sagradas llagas del seráfico P. San Francisco, con las letras apostólicas, que de ellas escribieron los Sumos Pontífices Gregorio IX, Alejandro IV y Benedicto XI, y con el celebrar y hacer conmemoración de las mismas llagas en el Martirologio romano á los 17 de Setiembre por orden del Papa Sixto V.»—*Vida de San Francisco de Asís*, por el P. P. de Rivadeneira, Madrid, 1882, pág. 111.

referido portento, que sus burlas y sonrisas se estrellarán siempre ante los dos hechos siguientes. El Papa Benedicto XIII instituyó la fiesta de la Transverberación, con rezo propio, en 1726; y en el corazón de la Santa, que en precioso relicario se custodia en el convento de Alba de Tormes, se advierte aún la herida y quemadura de color rojizo casi negro, que hace más de 300 años causó en tan preciosa entraña, con dardo de oro, un Serafin celestial.

Desde entonces ya no es Santa Teresa la que vive, sino Cristo Jesús, su divino Esposo, el que vive en la Santa, compenetrándola y fundiéndose con el alma de la venturosa Virgen en una sola vida, á la manera como se unen dos luces, que entran en un aposento por diferentes ventanas, ó como dos aguas, que estando antes divididas, se vienen á juntar en una, ejemplos clarísimos de que la Santa Madre se sirve para declarar á los profanos su pensamiento, sin mezcla ni resabio de panteísmo. *Mi Dios y mi todo*, podía repetir con San Francisco de Asís, y de tal manera Dios era *todo* para Teresa, que el fuego del divino amor corría por sus venas incendiando sus pensamientos, sus palabras, sus acciones, sus potencias, sus sentidos y sobre todo su herido corazón. Por amor de Dios, trabajaba incesantemente en la reforma del Carmen y en todo cuanto pudiera contribuir á la salvación de las almas. La ingratitude de los pecadores estremecía sus huesos y partía su alma de pena. Compadecía al demonio, no por los tormentos eternos á que vive condenado, sino porque el sinventura, decía, *¡no ama!* Por amor á Dios sufría angustias de muerte, espirituales y corporales, con gozo intensísimo y en prueba de que de veras le amaba. Su lema y exclamación frecuente era ésta: «¡Señor, ó morir ó padecer!» No contenta con aceptar gustosa los dolores, contrariedades y achaques, que el Señor derrama casi siempre sobre sus escogidos, se privaba voluntariamente de cuanto pudiera complacerla, por inocente que fuese, ofreciéndose en el altar de su Amado por víctima y sacrificador, á la vez. Su amor, ardiente como viento del Mediodía, derretía toda tibieza y negligencia, las cuales no volvieron jamás á penetrar en su pecho. Consumiase, por el contrario, en la divina llama, repitiendo con San Agustín: «¡Oh amor sagrado, que ardes sin cesar y no te apagas nunca, abrasa mi corazón en tus divinos ardores!»

Nada se me alcanza de este como vislumbre de gloria ó unión del alma encendida en divino amor, con el Señor su Amado; pero leyendo los escritos de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz con espíritu fervoroso y creyente, parece que se columbra algo de esas mercedes sobrenaturales, que Dios dispensa sólo á los Serafines de cielo y tierra. Yo imagino que el alma, únicamente puede escalar tales alturas purificada y empujada por hoguera inextinguible de amor, y que una vez en presencia del Amado, suma verdad, suma bondad y suma belleza, sin perder su personalidad propia, en Él se abisma y allí se derrite de amor: amor, que produce continuas ansias de amar todavía más y para siempre; amor, que ocasiona deliquios de gozo tan intenso, que da pena; amor, que anula la

memoria, borrando con sus ardores el recuerdo de cuanto no está presente; amor, que aguza y aclara el entendimiento con luz tan viva, que mientras dura, por intuición entiende; y amor, en fin, que inhabilita á la voluntad para querer otra verdad, otro bien, ni otra belleza, que la belleza, bondad y verdad por antonomasia, que resplandecen en el Amado. ¡Qué de suspiros hondos, qué de gemidos y ternezas, qué de mortales ansias, qué de deliquios amorosos, qué de arrobamientos celestiales, qué de extáticas dulzuras!

Si la belleza es el incentivo del amor, suponed el incendio que levantará en el alma enamorada la contemplación, real ó imaginaria, de la Belleza absoluta, de aquel divino Esposo, cuya gracia no tiene semejante y de cuya hermosura son simples destellos las hermosuras naturales.

«Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.»

«Apaga mis enojos,
Pues que ninguno basta á deshacellos,
Y véante mis ojos,
Pues eres lumbre de ellos,
Y solo para tí quiero tenellos.»

«¡Oh cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados,
Formases de repente
Los ojos deseados,
Que tengo en mis entrañas dibujados!¹»

Semejante *santa locura celestial* (así la llama la Mística Doctora) no podría soportarse, ni durante un segundo, si no acometiese al alma cuando se encuentra anegada en la misma fuente de vida. No obstante, inflamado por completo en amor divino el corazón de la Monja de Avila, la hoguera tendía al exterior como el grave á su centro y hubo necesidad de que un Serafin diese paso á la llama, hiriendo físicamente con áurea flecha la carnal bóveda de aquel horno. ¡Prodigio sobre prodigio! La ciencia humana no comprende cómo pudo vivir Santa Teresa años y más años

¹ San Juan de la Cruz, *Canciones entre el Alma y el Esposo*.

con aquella herida física en el corazón, ni la Mística aclara tampoco de qué manera soportó durante tan largo tiempo aquel continuo suspirar por el cielo, y perenne *morir porque no moria*. Es lo cierto que desde la transverberación de su corazón santo, Teresa de Jesús vivió merced á un milagro permanente de su divino Esposo, que quiso conservarla en el mundo hasta la realización completa de sus destinos altísimos. Lo que acaecía, entre tanto, en su alma seráfica, lo comprendereis recordando aquellos sentidos versos suyos, que todos sabemos de memoria:

«Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero
Que muero porque no muero.»

«Aquesta divina unión
Del amor en que yo vivo,
Hace á Dios ser mi cautivo,
Y libre mi corazón:
Mas causa en mí tal pasión
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.»

«¡Ay! ¡qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.»

«¡Ay! ¡qué vida tan amarga
Do no se goza al Señor!
Y si es muy dulce el amor
No lo es la esperanza larga;
Quítame, Dios, esta carga
Más pesada que de acero,
Que muero porque no muero.»

«Sólo con la confianza
Vivo de que he de morir,
Porque muriendo el vivir
Me asegura mi esperanza;
Muerte, do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.»

«Mira que el amor es fuerte,
Vida, no me seas molesta;
Mira que sólo te resta
Para ganarte perderte;

Venga ya la dulce muerte,
 Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.»

.

Y en efecto vino; pero transcurrieron 23 años desde que fué transverberado su corazón, y en tan largo tiempo ni un solo día dejó de suspirar por unirse para siempre con el Esposo de su alma. Por orden del P. Antonio de Jesús llegó al convento de Alba de Tormes, medio muerta de cansancio, hambre y enfermedad, el día 20 de Setiembre de 1582. Al siguiente, bajó á la iglesia, comulgó y tornó á la cama para ya no levantarse. Conversaba frecuentemente con sus monjas acerca del amor divino y estando ya sin acción para moverse por sí misma, el día 3 de Octubre á las cinco de la tarde, mientras llegaba el Santísimo Viático que ella misma había pedido con grandes ansias, cruzó las manos sobre el pecho y con lágrimas en los ojos comenzó á exhortarlas de la siguiente manera: «Hijas mías y señoras mías: por amor de Dios las pido tengan gran cuenta con la guarda de la regla y constituciones, que si las guardan con la puntualidad que deben, no es menester otro milagro para canonizarlas; ni miren al mal ejemplo que esta monja las dió y ha dado, y perdónenme.» Llegó el Sacramento de amor y, con estar postrada, se incorporó sin ayuda de nadie, y quiso echarse de la cama; pero no se lo consintieron los allí presentes y quedó de rodillas, inflamado su rostro en llamas de tan ardiente caridad, que con gozo visible prorumpió en expresiones como éstas: «¡Señor mío y esposo mío! ¡Ya es llegada la hora deseada; tiempo es ya que nos veamos! ¡Amado mío y Señor mío! ¡Ya es tiempo de caminar! ¡Vamos muy enhorabuena; cúmplase vuestra voluntad: ya es llegada la hora en que yo salga deste destierro, y mi alma goce en uno de Vos, que tanto he deseado!» Recibido el Viático daba continuas gracias á Dios y repetía con frecuencia algunos versículos del *Miserere*, en latín y en romance. Preguntada por el P. Fr. Antonio de Jesús si quería que llevasen su cuerpo á Avila, respondió: «Jesús, ¿eso háse de preguntar, padre mío? ¿Tengo yo de tener cosa propia? ¿Aquí no me harán la caridad de darme un poco de tierra?» Pasó la noche en oración altísima, como quien empieza á participar de las delicias eternas, y el día del Serafin de Asís, con quien tan grandes puntos de semejanza tiene el Serafin de Avila, hacia las siete de la mañana, se echó de lado como pintan á la Magdalena, el rostro vuelto hacia las religiosas, arrobada en la contemplación de un crucifijo, que no soltó de la mano hasta después de muerta, y rejuvenecido y hermoheado su rostro por sobrenatural manera, según conviene á la esposa que se dispone á penetrar en la nupcial cámara, lanzó tres dulcísimos gemidos, y la cándida paloma de su alma voló á regalarse para siempre en el seno sacratísimo de su divino Esposo. Los arrullos con que fué recibida llegan sin cesar, desde hace 300 años, á nuestros oídos atónitos. Estas mismas honras que la Juventud Católica de Valencia dedica

á la Virgen de Avila, son pequeña señal de los obsequios y honores que la consagra el mundo católico por inspiración de su Amado. Así premia el Señor á los que de veras le aman; y tales fueron los divinos amores de Teresa de Jesús.

Voy á concluir, pero antes permitidme un desahogo natural y oportuno, en las circunstancias presentes. Con razón damos el nombre de siglo de oro, en la historia de nuestra literatura patria, á la décima sexta centuria. Garcilaso de la Vega, Fr. Luis de León, Francisco de la Torre, Hurtado de Mendoza, el divino Herrera, los hermanos Argensola, Villegas, Jáuregui, Góngora, Quevedo, Figueroa, Espinel, Montemayor, Gil Polo, el Príncipe de Esquilache, San Juan de la Cruz, Fr. Pedro Malón de Chaide, el P. Sigüenza, Alonso de Ercilla, Fr. Diego de Hogeda, Lope de Vega, Guillén de Castro, Morales, Zurita, el P. Mariana, Fr. Luis de Granada, el Venerable Avila, los PP. Estella, Zárate, Márquez y Nieremberg, Saavedra Fajardo, y por encima de todos ellos Miguel de Cervantes, con otros muchos de menor importancia que sería prolijo y enfadoso nombrar, son escritores ilustres que proporcionaron indudablemente á su patria renombre y gloria; pero todos ellos juntos no han dado á la católica España tanta celebridad como Santa Teresa de Jesús. Hé aquí por qué no solamente su patria, sino toda la Europa culta celebra con fiestas y regocijos inusitados el tercer centenario de su tránsito glorioso: y lo celebran latinos y germanos, católicos y racionalistas, sabios é ignorantes, prosistas y poetas, devotos é indiferentes, y hasta los incrédulos mismos. ¡Espectáculo consolador! Pero lo que me encanta y regocija en extremo es que, sobre este general concierto de plácemes y alabanzas, llegan á mi oído voces peregrinas, que elogian á Teresa con sinceridad visible y no fingido entusiasmo: y la elogian los enemigos de los frailes y monjas, sin acordarse de que Teresa vistió el hábito del Carmen calzado y descalzo; y la elogian los que tanto declaman contra los votos de castidad, obediencia y pobreza, sin acordarse de que Teresa profesó los tres en grado eminente; y la elogian los que se rien de la Teología mística, de los éxtasis y arrobamientos, sin acordarse de que Teresa ha sido aclamada Doctora en aquella sublime ciencia, y fué favorecida con las más encumbradas mercedes de la vida extática; y la elogian los que reniegan de la santidad y de los milagros, sin acordarse de que Teresa hizo y hace no pocos de los últimos y es venerada en los altares como santa insigne; y la elogian los que ridiculizan los escritos castizos y devotos á la antigua usanza, sin acordarse de que Teresa es maestra en el decir y en cosas de piedad; y la elogian... pero ¿para qué cansarme? La elogiamos todos (¡gran triunfo para la Iglesia católica!) y todos á una repetimos: Hace trescientos años que murió la prodigiosa Doncella de Avila; pero Santa Teresa de Jesús vive y vivirá eternamente.



El Autor de este escrito autoriza su reproducción con la condición única de insertar á la vez el anuncio que va al dorso.

OBRAS Y OPÚSCULOS

DE

D. MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

	Reales.
<i>Elementos de Psicología</i> , (236 páginas en 8.º francés, 2.ª edición).	12
<i>Elementos de Lógica</i> , (288 páginas en 8.º francés, 2.ª edición).	12
<i>Elementos de Ética</i> , (264 páginas en 8.º francés, 2.ª edición).	12
<i>Programa de Psicología, Lógica y Ética</i> , (45 páginas en 8.º francés, 2.ª edición).	2
<i>Supuesto parentesco entre el hombre y el mono</i> , (308 páginas en 8.º francés, 2.ª edición).	14
<i>Costumbres populares de la Sierra de Albarracín</i> , cuatro novelitas originales, (426 páginas en 8.º menor, 3.ª edición).	8
<i>Los Mayos</i> , novela original de costumbres aragonesas, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez Pelayo, (202 páginas en 8.º francés, 2.ª edición).	10
<i>Guía de Tierra Santa y relato de la Peregrinación general española á los Santos Lugares en Octubre de 1881</i> , (424 páginas en 8.º menor).	10
<i>Elogio de Santo Tomás de Aquino</i> , (22 páginas en 4.º).	2
<i>Influencia del Cristianismo y la Iglesia Católica en la civilización de los pueblos</i> , discurso, (27 páginas en 4.º).	2
<i>Apostolado de la mujer en las sociedades modernas</i> , discurso, (21 páginas en 4.º).	2
<i>Místicos amores de Santa Teresa de Jesús</i> , discurso, (20 páginas en 4.º).	2

El autor (que vive en Valencia, calle de San Vicente, número 146, piso 2.º) remitirá á correo vuelto los libros arriba dichos, si se le piden acompañando su importe en sellos de á 15 céntimos, libranzas ó letras de fácil cobro, y hará rebajas especiales (según la importancia del pedtdo) á los libreros y corporaciones que paguen al contado.

OBRAS Y OPÚSCULOS

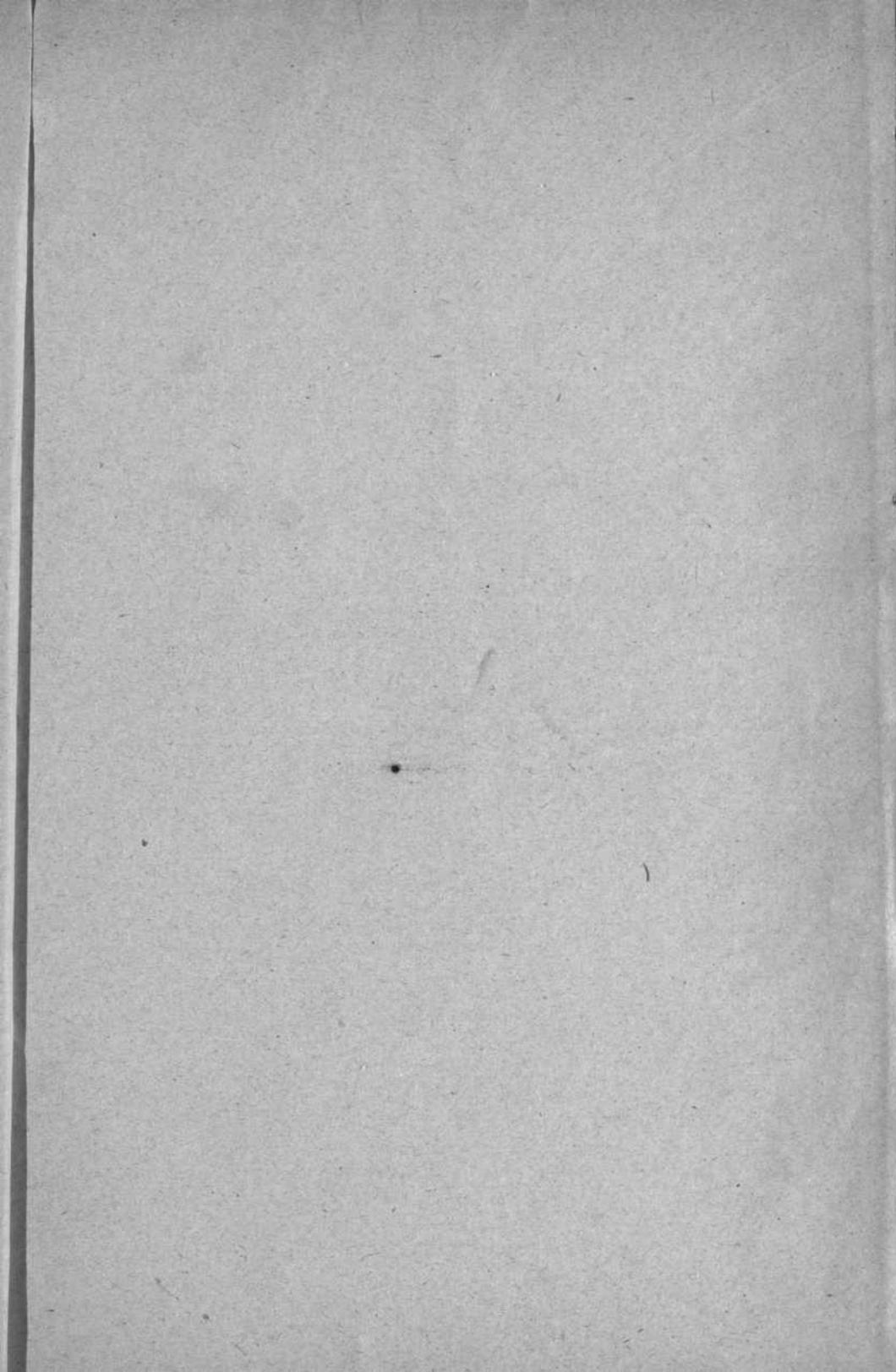
73

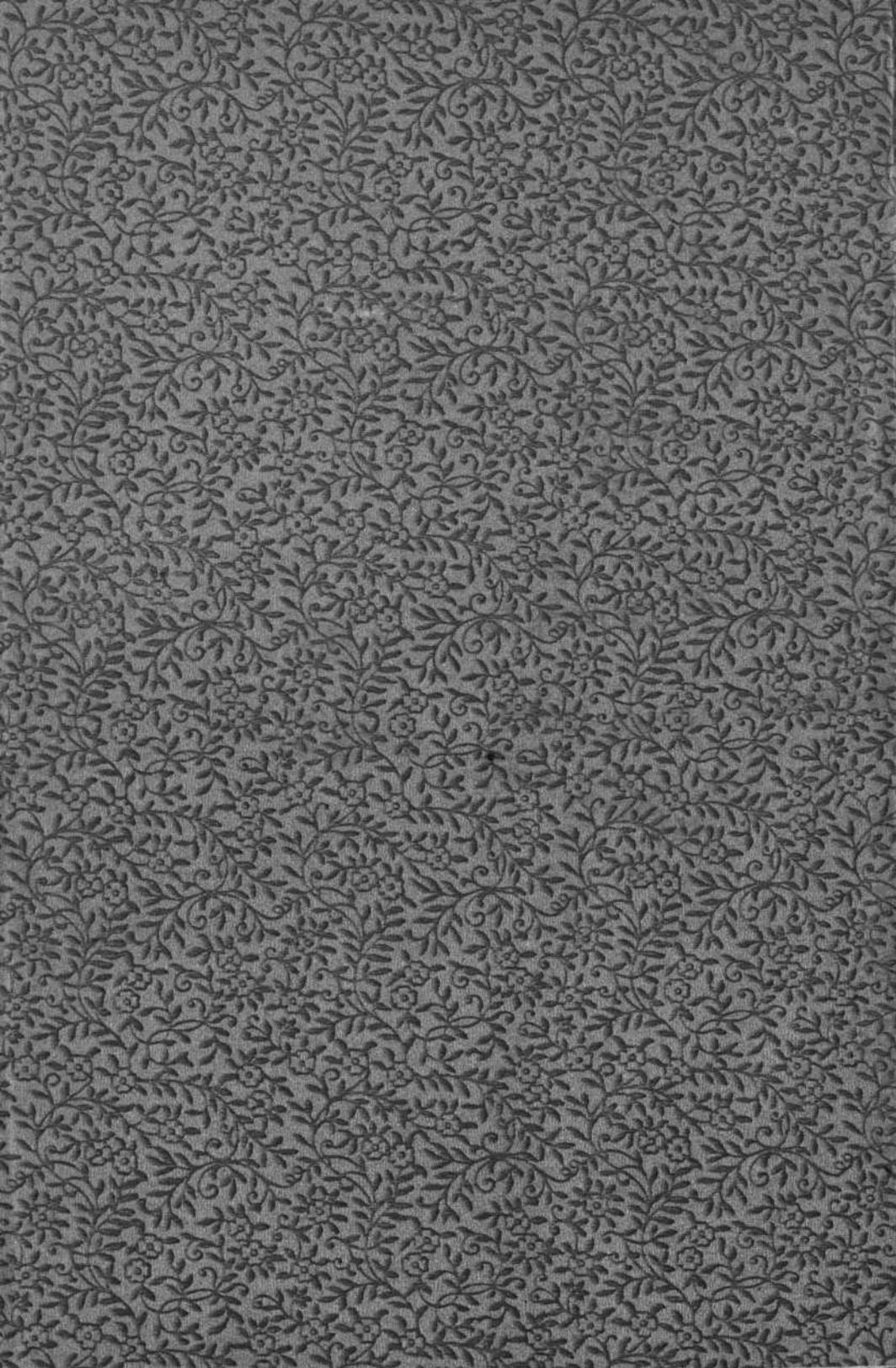
D. MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

Almas.

<i>Elementos de Psicología.</i> (236 páginas en 8. ^o francés, 2. ^a edición).	12
<i>Elementos de Lógica.</i> (288 páginas en 8. ^o francés, 2. ^a edición).	13
<i>Elementos de Ética.</i> (267 páginas en 8. ^o francés, 2. ^a edición).	12
<i>Programa de Psicología, Lógica y Ética.</i> (54 páginas en 8. ^o francés, 2. ^a edición).	2
<i>Supuesto parentesco entre el hombre y el mono.</i> (308 páginas en 8. ^o francés, 2. ^a edición).	14
<i>Costumbres populares de la Sierra de Albarracín, según los viejos cronistas.</i> (254 páginas en 8. ^o francés, 2. ^a edición).	8
<i>Los Mayas, novela original de costumbres aragonesas, con un prólogo de D. Antonio de Alarcón y Goyena.</i> (222 páginas en 8. ^o francés, 2. ^a edición).	10
<i>Guía de Tierra Santa y relato de la Peregrinación por el capataz de los Santos Lugares en Octubre de 1882.</i> (224 páginas en 8. ^o menor).	10
<i>Elogio de Santo Tomás de Aquino.</i> (22 páginas en 4. ^o).	2
<i>Influencia del Cristianismo y la Iglesia Católica en la civilización de las naciones orientales.</i> (27 páginas en 4. ^o).	2
<i>Apostolado de la mujer en las sociedades modernas, disertación.</i> (21 páginas en 4. ^o).	2
<i>Milanes ameros de Santa Teresa de Jesús, discurso.</i> (20 páginas en 4. ^o).	2

El autor (que vive en Valencia, calle de San Vicente, número 74, piso 2.^o) mandará á correo cada los libros arriba dichos, si se le piden, con un recibo de importe en billetes de 15 céntimos. También se cobra de cada libro y de los rebajas especiales (según la importancia del pedido) á los libreros y corporaciones que paguen al contado.





MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa de Jesús.

Número.....	98	Precio de la obra.....	Ptas.....
Estante.....	1	Precio de adquisición.....	»
Tabla.....	3	Valoración actual.....	»

